

¿Hacia dónde se encamina la moralidad de los mexicanos?

ENRIQUE ALDUNCIN

La década de los ochenta es para México un periodo de transición caracterizado por tensiones, crisis, etcétera; se trata, en suma, de un proceso de cambio y ajuste. El golpe de la caída de los precios del petróleo se paga con una espiral de devaluaciones y una inflación que nos empobrecen: son años en los que México transita por el filo de la navaja. Sin embargo también son consecuencia de la inercia de un modelo de desarrollo exhausto que, no obstante, rinde frutos durante poco más de medio siglo. En este lapso el estado complementa primero y luego sustituye y desplaza a la sociedad civil. El péndulo de la historia de este proceso llega a su punto máximo con la nacionalización de la banca el 10 de septiembre de 1982. A partir de ahí comienza el movimiento en dirección opuesta. En el nuevo ciclo se invierten los juicios básicos de valor, sintetizados de la siguiente manera: mientras mayor es el control y participación del estado, mejor; confrontado a la acción de que entre menos intervenga el gobierno más efectivo será su mandato. Además, en el ámbito económico se produce la inversión del juicio axiológico: se retrae el keynesianismo (aquella teoría que establece que el manejo del déficit del sector público es positivo pues acarrea crecimiento económico y empleo). El monetarismo y la doctrina neoclásica que la sustituyen recomiendan una política fiscal neutra y la necesidad de cancelar déficit y deudas del gobierno, además establecer una austeridad presupuestal.

Con todo y ello es en el paradigma de desarrollo donde se produce el giro más radical y de mayores consecuencias. En caso de basar su crecimiento en la sustitución de importaciones y la industrialización al amparo de la protección, el estado adopta el modelo de la promoción de exportaciones. El país se abre al exterior en forma franca por primera vez en su historia y eso implica cambios en todos los órdenes, desde el cultural hasta el axiológico.

La conciencia de fin del siglo impacta la *psique* de la humanidad; se anticipan reflexiones y ajuste de cuentas. En México y en el mundo se cuestionan prácticas y usos cotidianos así como convenios y tratados que datan de las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Con la ruptura del bipolarismo y la conclusión de la Guerra Fría es patente el nuevo orden internacional que se perfila para el siglo XXI, integrado por tres grandes bloques de naciones: el europeo, el asiático y el americano. México, geográficamente ubicado en el norte de éste último, ya está en camino de un tratado de libre comercio con la región. El signo de los tiempos es la globalización y la interdependencia.

Cultura, valores y retos

La cultura y sus valores es, igual para los mexicanos que para otros pueblos y naciones, el resultado de la lucha histórica por lograr su autonomía e independencia, por conseguir el derecho de expresar con libertad su manera de ser y hacer, así como por mantener su idiosincrasia y peculiaridades. El reto de México en los noventa será preservar nuestra soberanía y nuestra cultura, a la vez que accede integrarse a la corriente de globalización mundial; en tanto el reto de la humanidad será alcanzar una nueva organización que responda a esta complejidad sin caer en la uniformidad y unipolaridad ideológica. Para evitar ese riesgo se requiere mayor descentralización y aplicar el principio de la subsidiariedad; esto es, permitir que las decisiones las tomen los grupos que se ven más afectados.

Cambios internos y externos, riesgos y oportunidades, nuevos retos y nuevas metas; tal es el panorama de los noventa. Para sortearlos, aprovecharlos o alcanzarlos, nos sirven la praxeología y la axiología.

En esta década que comienza se observan diez macrotendencias en las corrientes de valores que se acrecientan y ensanchan con el paso del tiempo. Sin duda serán ejes de la articulación del quehacer de los mexicanos más allá del año dos mil. A continuación se enuncian esos valores cardinales: la familia, la dignidad humana, la ecología, la modernidad, la calidad, la productividad, la civilidad, la democracia, la solidaridad y el nacionalismo.

Calidad de vida

Los tres primeros inciden en la calidad de vida. La familia, centro de la sociedad y principal satisfactor de necesidades, cada día se fortalece más en México; lo que es posible corroborar sólo con ver cómo nuestra modernidad no desplaza a la familia pues sus funciones no las toma ni la escuela ni el estado ni la iglesia. El conocimiento de otras culturas, inevitable con la apertura económica, revalúa por comparación la célula social básica. Por su parte, el narcotráfico, la violencia electoral, la criminalidad y la pobreza extrema atacan contra la dignidad y los derechos humanos. Las operaciones de los poderes ejecutivo y judicial en ocasiones no respetan las garantías individuales de nuestra Constitución; el malestar social que genera tiene como reacción un reclamo total de justicia, una mayor conciencia y una mejor valoración de la dignidad.

La preocupación ecológica es mundial; es un problema global que requiere acciones de este nivel. En nuestro

país la contaminación es uno de los azotes más graves y el mayor problema en la capital. El deterioro del medio ambiente induce a una revaloración de la naturaleza y de *los valores verdes*: la protección de la flora y de la fauna, la comida sin aditivos químicos, las ciudades libres de ruido, de basura y de gases tóxicos, la generación de electricidad sin radioactividad y la producción industrial no contaminante.

Nivel de vida

La modernidad, la calidad y la productividad son valores que se relacionan con el nivel de vida y corresponden al orden económico. El primero, la modernidad, es el hilo conductor de la historia de nuestro país desde la Independencia. Se trata de un valor que suscribe la mayoría de la población, entendiéndolo como alcanzar un nivel de bienestar equiparable al de nuestro vecino país del norte, además de considerarlo como un proceso de desarrollo y crecimiento autosostenido, estable y permanente. Para lograr todo lo anterior contamos con inteligencia, tesón, empeño, dedicación y perseverancia; esto sin contar que los mexicanos estamos convencidos de que saldremos adelante con nuestro propio esfuerzo y trabajo. Hablamos de un carácter predominante proactivo; es decir, hacer las cosas aunque no salgan bien a la primera. Consideramos que es una práctica que se puede corregir sobre la marcha, sólo que ahora las circunstancias demandan hacer bien lo que se tenga que hacer, desde el principio, y mejorar en forma constante nuestro diario quehacer.

La modernización abarca todas las esferas de acción: escuelas, fábricas, empresas y sindicatos, tanto del sector público como del privado. Ello no sólo implica mayor inversión, mejor tecnología y más investigación, sino renovadas actitudes y aptitudes de la fuerza laboral, de la administración y de la dirigencia empresarial. Esta es la razón por la que se deben reevaluar las cualidades del *lide-razgo* y del aprendizaje, la destreza y el orgullo del trabajo bien hecho, la comunicación y el respeto, la justicia y la cooperación, el compañerismo y el trabajo en equipo, la flexibilidad, el autocontrol y la responsabilidad. Es en este campo donde los valores normativos corresponden en gran medida con los usos y costumbres de la población, así como con los valores que se practican a diario. Únicamente es necesario en-fatizar su importancia y reforzar su valor social y económico.

La calidad y productividad vinculadas, son requisitos indispensables para lograr la modernidad. Ambas son necesarias para lograr competitividad internacional y elevar nuestro nivel de bienestar. Son valores instrumentales, aunque se pueden perseguir por sí mismos ya que implican una lucha permanente para tratar de ser mejores y hacer mejor cualquier actividad, no sólo las productivas. Su praxis exige compromiso y dedicación a un proceso de por vida. El autoaprendizaje, la educación y el adiestramiento desempeñan un papel muy importante, además de que mejoran las prácticas gerenciales y la organización laboral y empresarial, así como la conciencia de la importancia del cliente y la satisfacción de sus requerimientos y necesidades; sin descontar, claro, la creatividad, la innovación y la determinación de lograr nuevos productos, servicios, procesos y tecnologías. Pero lo más importante es la actitud de servir, de ser útil a los demás.

Cultura cívica

El siguiente grupo de valores se relaciona con la cultura cívica. El primero, la civilidad, es el surgimiento de una vigorosa y eficiente autorganización de la sociedad civil para enfrentar y resolver los problemas de su comunidad. Esta toma de conciencia del poder y la capacidad de autogobierno de los ciudadanos se debe principalmente a los desastres de los sismos del 85. A partir de entonces la sociedad tiene confianza creciente en las soluciones y los auto-remedios; se nutre de la participación y la solidaridad y desea una efectiva descentralización y aplicación de los subsidios. Esto implica una mayor importancia y presencia del sector privado, pero demanda de él nuevas responsabilidades y compromisos sociales.

La democracia es un valor fundamental que no poseemos cabalmente; ella implica mayor participación y compromiso no sólo en la política sino en el trabajo, en la escuela y en la comunidad. Implica también respeto y tolerancia a las ideas y opiniones de los demás, así como el acatamiento de las decisiones mayoritarias: prácticas electorales limpias y respeto al voto. Pero la democracia también implica cancelar el *pa-tetalismo* y corporativismo, cuya peor expresión son el autoritarismo y el *se-xismo*. La prueba de fuego consiste en ceder el poder a la oposición cuando ésta gana las elecciones. Por más que avancemos en la senda de la modernidad, si no avanzamos también en la de la democratización corremos el riesgo de perder todo lo que se logre en los otros campos.

Para los mexicanos, la solidaridad es un valor central: significa empatía por las circunstancias más adversas de la condición ajena; es decir, hacer propio y de interés personal lo ajeno. La cultura cristiana en la que estamos inmersos siempre ha considerado la caridad y la preocupación por los pobres y desamparados como un valor esencial. Sin embargo, las diferencias abismales que se dan en México respecto a la distribución del ingreso y la riqueza, atemperadas en las estadísticas oficiales, imponen asimismo la distancia más grande en el ámbito sociocultural; esto es, en los marcos de valor. La transición de la tradición a la modernidad se traduce en el binomio pobreza-riqueza, donde la percepción de esta realidad es demasiado aguda, lo que indica un alto grado de conciencia. La organización y participación de la sociedad civil para remediar de fondo este problema social se acrecentará de manera importante durante el curso de

la década.

El amor a lo nuestro y a nuestra forma de ser son una expresión de nacionalismo. Si bien los mexicanos buscamos modelos de desarrollo en otros países, la gran mayoría queremos que México siga siendo México, incluso muchos no desean que se parezca a ningún otro país. En el futuro, la mayor vinculación con el mundo será un ariete contra nuestra identidad, pero acrecentará también el nacionalismo pues éste es una respuesta defensiva a la pérdida de identidad.

En este proceso despertarán dos nuevas conciencias: nuestra calidad de ciudadanos del mundo y nuestro cariño por la patria chica: el regionalismo. Ambas son positivas pero pueden convertirse en repulsión hacia el centro y en fuerzas separatistas. Para evitar tal amenaza a la cohesión nacional es necesario desactivar las causas originadas en el centralismo y fortalecer la democracia, la que además libera el potencial creativo y productivo necesario para lograr la competitividad internacional.

Estas reflexiones finales muestran que los macrovalores forman un sistema: todos están vinculados entre sí y cada uno influye sobre los demás. Ninguno de ellos debe ser bandera exclusiva de un sólo partido, del gobierno o de cualquier organismo; no son propiedad de nadie: como el mar o el aire, los macrovalores nos pertenecen a todos.